humilde en el hogar, tierna al reclamo de la madre, dócil a la labor paterna, soberbia y ruda en presencia de los despotismos o cuando contempla la corrupción de las sociedades, la vileza de los hombres.

Como un débil recuerdo a su memoria, uno de los puertos de la Costa Atlántica de Nicaragua se llama hoy: Puerto Cabezas.

Ultimamente, por suscripción popular se erigió en Masaya, un busto de mármol, colocado en la Plaza Principal, donde vivió y murió este héroe centroamericano.

Pero en las páginas de la historia de Centro América, y en la galería de sus hombres ilustres, el nombre del general Rigoberto Cabezas figurará como prócer al lado de los que declararon su independencia, y de todos aquellos que han laborado en bien de sus instituciones.

San José de Costa Rica, marzo de 1942.

Agustín de Iturbide y Costa Rica

Estudio de Don Hernán G. Peralta

Por Pío Bolaños

Esta obra recientemente salida de la casa editorial Soley & Valverde, en San José de Costa Rica, y cuyo autor es don Hernán G. Peralta, reúne condiciones y características de valor objetivo que la hacen acreedora a comentarios, porque su lectura revela seriedad al interpretar la materia, como bien pensado juicio. Se trata, como se verá en seguida, del movimiento que en la noche del 18 de mayo de 1822, el Congreso de México proclamó a don Agustín de Iturbide Emperador de México, forma de gobierno en la que se intentó reunir bajo su égida, a las provincias que formaban el Reino de Guatemala o sea los cinco países centroamericanos.

La labor histórica del señor Peralta, o mejor expresado, su concepción del intento de Iturbide de incluir en el Imperio Mexicano a estas provincias en el momento mismo en que ellas se desprendían de la corona española, sujetas a ella durante más de tres siglos, y el criterio con que aprecia el acontecimiento en su conjunto, muestran en este escritor costarricense especial y consciente afición al estudio de la historia, así como la competencia para emprender una obra de esa naturaleza. Debe, asimismo, alabarse ella por quienes se interesan en ese ramo de la literatura hispanoamericana, como porque también cobra actualidad hoy día en que el mundo lucha, cabalmente, por destruir regímenes de fuerza y asentar sobre firmes y duraderas bases, la forma de gobierno democrático que se opuso, por lo menos en Centro América, al plan de Iturbide.

El autor del libro inicia su trabajo exponiendo la génesis del movimiento mexicano de 1822, dando completa y detallada información sobre las causas que lo motivaron; y a seguida—y éste es a nuestro juicio la mayor importancia del libro—abarca con una mirada de conjunto las influencias y proyecciones que tuvo no sólo entre los centroamericanos sino también entre los países del Sur. Para tratar de esta materia el señor Peralta dispuso de copiosos documentos que expone con método hasta llegar a sentar la premisa, con bastante acierto de que "Los hechos consignados, y muchos, muchos más, prueban que el anchuroso campo americano se abrió a todas las tendencias; que el movimiento no fué ni estrictamente separatista ni estrictamente republicano, y que antes de predominar esta forma de gobierno, el Continente fué un campo de Agramante en que irrumpieron corrientes tan diversas como la que buscaba la separación de España, por considerar que América podía aspirar a ser dueña de sus destinos con prescindencia de Europa...;"

Apreciación ésta corroborada por otros escritores que han tratado de la materia, como lo vemos en las Memorias de Jalapa, del historiador guatemalteco don Manuel Montúfar y Coronado; él mismo, factor de importancia en los primeros momentos en que las cinco antiguas provincias o colonias españolas peleaban por establecer una forma de gobierno que satisfaciera las aspiraciones de estos pueblos al entrar en el concierto de naciones soberanas, como ocurría más al Sur. Dice Montúfar y Coronado, refiriéndose al movimiento de emancipación de 1821: "Sólo se trataba de independencia, reservando cada uno su opinión en cuanto a formas de gobierno"; y adelante agrega, "que los asistentes a la sesión celebrada en la mañana del 15 de Setiembre de 1821 en el palacio de Guatemala y que llenaban la sala, esforzaron sus gritos pidiendo que el juramento se prestase para *la independencia absoluta de España, de México y de toda otra nación,* y así lo prestó Gainza."

Hechos como el anotado por el historiador guatemalteco se leen también en la obra de don Luis Gáldamez, Estudio de la Historia de Chile. En Guatemala como en Chile, hubo partidarios de la monarquía como los hubo, asimismo, al formarse la Gran Colombia. En Guatemala, como asegura Montúfar y Coronado, los partidarios de la monarquía al conocerse el intento de Iturbide, tanto gobernadores como empleados, "veían en el sistema monárquico una garantía de sus empleos y un campo más amplio de acción". Era esta misma la idea que guiaba a todos los partidarios del sistema monárquico en América.

Mas la obra del señor Peralta no se limita sólo a estudiar el intento de Iturbide y las influencias que él tuvo en Centro América y en especial en Costa Rica, sino que también hace un estudio de las relaciones existentes entonces entre México y Cuba y el proyecto de la primera para anexarse la isla o promover su independencia de la Madre España, aportando el autor documentos sobre la actitud que asumieron los Estados Unidos en esa ocasión, con el objeto de desbaratar los intentos mexicanos respecto a Cuba. Este

capítulo del libro del señor Peralta es muy interesante por el juicio que le merece aquel acto político de los mexicanos, que era, a fin de cuentas, el mismo que enderezaban en su empeño de arrastrar a las cinco provincias centroamericanas para mantenerlas bajo su influencia.

También se hace en dicha obra un estudio del Plan de Iguala en relación al subsiguiente del imperio de Iturbide con las diferentes fases que los dos revistieron en Costa Rica, y la influencia que ellos, naturalmente, ejercieron entre los directores del movimiento separatista de la corona española, al iniciar éstos el nuevo gobierno de la provincia; y a grandes rasgos, el autor nos presenta, con relieves psicológicos y con toda imparcialidad, las figuras de aquellos viejos próceres con sus prejuicios y sus pequeñeces provincianas, en una época de trascendental transición como era en la que ellos se movían, así como la cordura, polarizada en la famosa frase abstencionista, de esperar, "mientras pasan los nublados del día", frase pronunciada en aquellos momentos y que refleja la ecuanimidad de espíritu y la prudencia de esos personajes, que les evitó tomar parte en las revueltas en que se empeñaron, a raíz de la independencia del antiguo Reino de Guatemala—forma de gobierno que desaparecía, en virtud del anhelo, largo tiempo mantenido, de libertarse de España—. Mas, aunque la pequeña Costa Rica se mantuviera fuera de este torbellino de pasiones que el movimiento libertador había desencadenado entre sus compañeras en aquel Reino, esos personajes costarricenses no olvidaron el lazo que por la sangre y el común destino les ligaba a las otras provincias, y manifestaron siempre hacia ellas un espíritu de fraternal simpatía, pero con prudente reserva sin mezclarse en la anarquía en que se encontraba el destruído Reino de Guatemala, simpatía fraternal demostrada por esos hombres en el curso de los acontecimientos que se manifestaron en aquellos turbulentos años, que más tarde los llevará a declarar a Costa Rica asilo inviolable de todos los proscritos políticos que a sus playas arribaron, y no sólo tratándose de sus hermanos de Centro América, sino también de los del Sur; doctrina humana mantenida valientemente por su gran repúblico, don Julián Volio, que en una célebre nota oficial la declaró norma de política costarricense, frente a las amenazas de los otros gobiernos que protestaban contra ella. Es digno de admirar que una nación pequeña y débil como ha sido Costa Rica, asumiese con toda energía una posición humanitaria para servir de asilo a los perseguidos políticos de las otras naciones, cuando ellos no podían vivir tranquilamente en los suyos propios y aún veían su vida amenazada. Y ojalá, hacemos votos nosotros, que esa tradicional doctrina humana, declarada por Costa Rica a lo largo de su vida de nación soberana, sea mantenida siempre en el futuro como lo ha sido hasta hoy, sin tomar en cuenta las amenazas que le lleguen, sea del Norte, sea del Sur.

El tema de la independencia de América, tan bien tratado por el señor Peralta en el libro de que aquí nos ocupamos, es inagotable. Mucho se ha escrito sobre ese trascendental acontecimiento que revistió caracteres mundiales, no tanto por la encarnizada lucha a que dió lugar para mantener el de-

recho natural de la libre nacionalidad entre los pueblos americanos que nacían a la vida independiente a principios del siglo XIX, cuanto a las prolongaciones que esos principios dieron origen y que, según el decir de sus voceros, aparecía como una amenaza para los viejos gobiernos imperialistas de Europa, si las colonias españolas de América cobraban su libertad.

A este propósito debe recordarse que Rusia manifestó, al principio del movimiento emancipador, simpatías en favor de la causa de los patriotas americanos y que esa simpatía fué debida al trabajo diplomático hecho por el general Francisco de Miranda quien, en 1787, visitara a Catalina II, expresándole a ésta sus sentimientos en favor de la independencia de América, y que la gran emperatriz oyera con agrado los argumentos que presentaba ante ella el gran prócer venezolano; y asimismo que la gestión del general Miranda tuviera buen éxito ante la corte rusa, como que ya en tiempos en que el Zar Alejandro I subió al trono, éste simpatizó con el movimiento liberador de América, y Nesselrode, su ministro de relaciones diera instrucciones al embajador ruso en España, Tatistchef para declarar a Fernando VII que, "si España no podía pacificar las revueltas colonias, debería ella aceptar el ofrecimiento de intervención hecho por las grandes potencias a fin de lograr una reconciliación con dichas colonias y la consagración de sus más sagrados derechos". En esta forma trataba la política rusa de obtener base para la libertad de aquellas colonias. Mas estos esfuerzos de Rusia cambiaron de rumbo debido a que Fernando VII, con su acostumbrada terquedad, declinó la mediación ofrecida y porque, además, se encontraba dicho monarca apoyado por los gobiernos de Francia y Austria-Hungría. Mientras tanto, la Gran Bretaña que al principio se manifestara indirectamente en favor de la libertad de las provincias españolas de América, más tarde apoyó con toda franqueza el movimiento emancipador de ellas.

Fué entonces, con motivo del cambio de la política rusa que España obtuvo, por medio del general Hulot, enviado de Francia cerca de la corte de Rusia, unos barcos para organizar una gran expedición punitiva contra los insurgentes americanos; pero resultó que al llegar los barcos rusos a los puertos españoles, éstos no servían para nada, y el intento español no pudo realizarse como lo esperaba Fernando VII.

Mas los esfuerzos de la diplomacia rusa, sugestionados ya por la de Francia, no se detuvieron ahí, sino que se encaminaron en otro sentido: pedir a las potencias europeas que ayudasen a España con armas y dineros a mantener su dominio sobre aquellas colonias, porque decía el Zar Alejandro I: "todo lo que queda en Europa del espíritu de descontento, de facción y de discordia naturalmente buscará un *point d' appui* en América. Las consecuencias de esto serían incalculables". Pero esta maniobra rusa fué desbaratada por la oportuna declaración del primer ministro inglés, Castlereagh, negándole su apoyo, lo que obligó a los plenipotenciarios rusos a retirar ante el congreso de las grandes potencias europeas su proyecto.

Pero tampoco terminaron aquí los empeños de Rusia en favor de España, pues en 1822, el mismo Conde Nesselrode dió instrucciones a su em-

bajador en Washington, Tuyll, para que expresara los deseos del Zar Alejandro I, concebidos en estas frases: "que la resolución del Congreso Americano con respecto al reconocimiento de los nuevos gobiernos americanos no sirviera para agravar en lo menos las desgracias de España y que en caso que ésta intentara obtener ventajas políticas y comerciales de sus antiguas colonias, los Estados Unidos no darían ningún paso para impedir que ella obtuviese alguna compensación por la *pérdida de un mundo entero.*"

Tampoco esa gestión diplomática rusa tuvo efecto. El 18 de marzo de 1822 el presidente de los Estados Unidos James Monroe, informó al Congreso de su país que México, Colombia, Perú, Chile y La Plata, habiendo obtenido su independencia, sus gobiernos tenían el derecho de ser reconocidos y que en consecuencia, así lo había acordado su gobierno. En esa misma fecha, el Congreso de Norte América, aprobando la resolución del presidente Monroe, le autorizó para gastar hasta $ 100,000.00 en el envío de misiones diplomáticas hacia aquellos países. Y el 2 de diciembre de 1823, el mismo presidente Monroe, pronunció su famosa doctrina "América para los Americanos", que lleva su nombre. Con esta declaración y la anterior del reconocimiento de los nuevos gobiernos hispano-americanos, se afirmó su independencia y entraron ellos desde esa fecha, a formar parte del rol de las naciones soberanas del mundo. (1).

Y son las razones anteriores las que nos han sugerido pensar que la obra del señor Peralta, "Don Agustín de Iturbide y Costa Rica", cobra actualidad en estos precisos momentos.

En 1815, el mundo de aquel entonces se conmovió con el grito de independencia lanzado por los pueblos americanos del Norte y del Sur; y en 1822 fué el presidente Monroe con su reconocimiento de los nuevos gobiernos surgidos en este hemisferio, y años más tarde, con su doctrina de "América para los Americanos", se consolidó la independencia de estos pueblos que nacían a la vida en virtud del derecho de darse el gobierno que quisieran, no olvidando tampoco que las cartas constitutivas de la América Hispana tienen su raíz en el *Bill of Rights* de Virginia. Y es hoy, en 1944, que también se conmueve el mundo entero por la lucha desencadenada por las fuerzas de los gobiernos autocráticos —nazi-fachistas— contra los países que viven dentro de los principios democráticos; y es también un gran presidente norteamericano, Franklin Delano Roosevelt, quien dirigiendo los destinos de su nación presta hoy a esta América Hispana y a las demás naciones del mundo, el apoyo grandioso de hombres y de todos los recursos de que dispone la patria de Washington y de Jefferson, para oponerse a las fuerzas del mal que amenazan estos mismos principios democráticos en que viven los pueblos americanos desde 1810. Los Estados Unidos, con su jefe de estado actual, nos de-

---

(1) **Russia and the emancipation of Spanish America,** por William Spence Robertson, in The Spanish American Historical Review, May, 1941. Este artículo de Mr. Robertson, es un interesante estudio sobre las maniobras de la diplomacia europea en relación con el gran movimiento libertario de la América Hispana.

fienden ahora en medio de este gran conflicto—el más grande que registra la historia— como lo hicieron en aquella época, para que estas débiles repúblicas americanas no caigan bajo el poder despótico, cruel y bárbaro, que las ha amenazado durante más de diez años. Los principios, antaño como ogaño, libran hoy su batalla en los campos de Europa, como los libraron los insurgentes americanos encabezados por Washington, Miranda, Bolívar, Sucre, San Martín y todos aquellos héroes de la gran epopeya de la emancipación americana a fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX. En aquellas épocas, se trataba de establecer en América el gobierno democrático y las viejas testas coronadas de Europa se oponían con sus ejércitos y su gran influencia, para derrotarlo; pero al fin y al cabo, como está ocurriendo en este período de mediados del siglo XX, los principios libero-democráticos, triunfarán como triunfaron en el pasado, porque ellos encarnan "la idea democrática que es una creación de jerarquías estrictas y de acatamiento consciente a la autoridad que de ellas depende", como dijo un gran pensador; y también, como Benedetto Croce, que "las naciones no son dádivas naturales sino estados de conciencia y formación históricas", que tienen el derecho, agregamos nosotros, de respetarse y mantenerse frente a quienes sin derecho y por sólo la fuerza, quieran dominarlas.

A don Hernán G. Peralta, autor de este interesante libro, no le han faltado ni competencia para esa labor de crítica histórica ni galanura en el estilo.

Para nosotros no era un desconocido el autor de "Agustín de Iturbide en Costa Rica". Con gusto hemos leído antes su biografía de don Rafael Yglesias publicada hace algunos años y en la que su autor trata extensamente de otro problema centroamericano: la expulsión de los Jesuítas de Guatemala en 1871, de Nicaragua en 1881 y de Costa Rica en 1884; acontecimiento que conmovió a todos estos países. Asimismo, el mismo señor Peralta es autor de varios artículos sobre historia costarricense, que se han publicado en algunos periódicos del país.

La obra del señor Peralta que ha motivado este ligero comentario nuestro es instructiva y digna de recomendación, como lectura amena y seria, tal como la calificara el licenciado don Emilio Valverde Vega, talentoso e ilustrado profesor de la Universidad de Costa Rica que la conoció en sus originales, y que nosotros también conceptuamos así después de leerla, como labor de mérito, bien acogida en nuestro ambiente y que no dudamos, sucederá lo mismo una vez que sea leída fuera del país, por tratarse en ella de un trabajo reflexivo e imparcial y porque su autor ha dedicado gran parte de su tiempo a estudiar esos acontecimientos con toda acuciosidad y empeño.

Pero antes de terminar, y con la venia de su autor, debemos hacerle una pequeña rectificación:

El señor Peralta llama al Padre Portas "historiador nicaragüense". Hay un error en esa aseveración. El Padre Portas, jesuíta mexicano, llegó a Nicaragua en 1916 ó 1917, expulsado de México y escribió un compendio de

historia de Nicaragua para uso de las escuelas públicas. Pensamos, que la frase que el señor Peralta atribuye al Padre Portas y que efectivamente aparece en el libro de este autor, sea del historiador nicaragüense don Jerónimo Pérez, quien en su biografía de don Crisanto Sacasa, primer Jefe de Estado de Nicaragua al proclamarse la independencia, da prolijos detalles acerca de la sangrienta lucha que provocara en Nicaragua el plan de Iturbide, así como de la que provocó el mismo acontecimiento, en El Salvador.

San José de Costa Rica, diciembre de 1944.

La paz reina en la Trapa

Por Marcus L. Bach

De los tres monasterios de trapenses que hay en los Estados Unidos, el más antiguo, y el de observancia más estrecha, es la abadía de Nuestra Señora de Getsemaní. Alzase entre las montañas de la región sud central, unos ochenta kilómetros al sur de Louisville, la población más importante de Kentucky. El 20 de diciembre de 1848 encendieron los fundadores de este monasterio la lámpara del sagrario, que ha ardido allí desde entonces, día y noche, alimentada por la piedad de unos monjes a los cuales les está vedado hablar entre sí, y cuyo tiempo se reparte por entero entre la oración, el trabajo y la penitencia.

Había oído yo mil cuentos acerca de los trapenses: que dan todos los días un azadonazo en el terreno que les servirá de tumba; que se torturan con crueles penitencias; que permanecen postrados por días ante el Santísimo. Aproveché, pues, muy complacido, la ocasión, que raras veces se le presenta a un protestante, de pasar una semana de retiro en ese monasterio.

Un sendero enarenado conduce a la portería. Impenetrable muro circunda las tierras del monasterio. Tiré de una cruz de madera hecha del mango de una vieja hacha. Una esquila sonó con triste eco. A poco se abrió una ventanilla. En el marco apareció una cara barbuda. Sin cambiar una sola palabra, alargué la carta que llevaba para el abad. Una mano la tomó y desapareció con ella. Un rato después se abrió la puerta lo bastante para darme paso. Un monje de greñuda barba y pardo hábito de estameño, me condujo a una salita, me indicó que aguardase allí y se retiró. Todo estaba en la más profunda calma.

Por las dos ventanillas enrejadas que daban al jardín, vislumbré algo que me pareció un rincón del mundo antiguo: una glorieta con una imagen de la Virgen, y unos bancos para sentarse a orar. Un caminito sinuoso llevaba hasta un edificio cuadrangular de cuatro pisos en una de cuyas alas elevaba la capilla su torre, cuya cruz buscaba las nubes. Al fin un monje de blanco hábito entró a la habitación. Era el hospedero. Me llevó al interior del monasterio. Así comenzó mi retiro.